

PUNTO DE VISTA

La ilusión de la autosuficiencia energética

—por **Alfonso Salinas/ Daniel Salazar**—

Hoy, en medio de un escenario global tensionado por conflictos geopolíticos, vuelve a aparecer la tentación de apostar todo a un solo tipo de fuente, buscando autosuficiencia. Pero la evidencia es clara. No existen las balas de plata. Los sistemas energéticos más seguros y resilientes son aquellos que diversifican sus fuentes, tecnologías y orígenes de suministro. En simple, no poner todos los huevos en una misma canasta.

Chile ha avanzado con fuerza en energías renovables, con beneficios evidentes en costos y sostenibilidad, y ese camino debe profundizarse. Al mismo tiempo, su despliegue enfrenta desafíos relevantes. Requiere inversión en transmisión, enfrenta complejidades regulatorias y genera impactos territoriales. Su carácter variable, además, exige fuentes complementarias que aseguren continuidad. En algunos sectores se ha instalado la idea de concentrar la política energética exclusivamente en su expansión, desplazando el resto de las fuentes y aspirando a una supuesta independencia energética. Esa mirada simplifica la discusión y empuja a desatender las fuentes que hoy sostienen el sistema.

El desarrollo de Chile muestra los beneficios de integrarse al mundo. La apertura comercial ha permitido aprovechar ventajas comparativas, acceder a recursos y sostener el crecimiento. Organizar el sistema bajo la lógica de no depender de nadie reduce alternativas y aumenta riesgos.

En el sistema eléctrico chileno, las fuentes se han ido combinando en el tiempo. A la base hidroeléctrica —relevante pero sujeta a variabilidad— se suman tecnologías renovables de rápido crecimiento. En paralelo, el carbón ha reducido su presencia, aunque su salida completa ha sido más lenta por la necesidad de contar con respaldo firme, mientras el diésel cumple un rol acotado en contingencias. El gas natural aporta flexibilidad y continuidad, facilitando la integración de fuentes variables, y presenta diversidad de orí-

genes —vía GNL y desde países vecinos, particularmente de Argentina—, lo que refuerza la resiliencia del sistema.

Han surgido soluciones de almacenamiento, especialmente baterías, pero aún no reemplazan la necesidad de contar con generación despachable que asegure suministro continuo. Esta realidad no es exclusiva de Chile. En China e India, el carbón sigue cumpliendo un rol central, mientras en Europa la combinación incluye gas, almacenamiento y una base nuclear relevante, especialmente en Francia.

Hoy, la electricidad representa cerca de un 20% del consumo final de energía. Avanzar hacia una electrificación más profunda implica multiplicar varias veces esa participación, un proceso que tomará tiempo e importantes inversiones. Al mirar la matriz energética en su conjunto, los combustibles fósiles siguen representando cerca del 60%. Reducir esa proporción implica transformaciones profundas en transporte, industria y generación, un proceso que tomará décadas. Mientras tanto, la seguridad del sistema depende de gestionar adecuadamente las fuentes disponibles.

Eso exige fortalecer cadenas de suministro, mantener infraestructura, diversificar proveedores y asegurar condiciones estables en el tiempo. Las políticas de reservas forman parte de este enfoque. La Agencia Internacional de Energía recomienda mantener inventarios equivalentes a al menos 90 días de importaciones de petróleo, y Europa ha adoptado exigencias similares para el almacenamiento de gas. La lección es clara: sistemas resilientes combinan fuentes, reconocen la complementariedad y avanzan gradualmente. La seguridad energética exige ambición y realismo: avanzar en energías limpias y, al mismo tiempo, sostener el sistema que hoy permite que la economía funcione.

Alfonso Salinas es presidente de la Asociación de Empresas de la Región de Valparaíso (ASIVA), y Daniel Salazar es exdirector ejecutivo del Coordinador Eléctrico Nacional.